



## Por qué la ciencia no puede pensar.

### La ciencia según Martin Heidegger

Adrià Montalbán Figuerola<sup>1</sup>

*Resumen:* El presente artículo tiene como objetivo abordar la caracterización de la ciencia correspondiente con la obra tardía de Martín Heidegger. En particular, el artículo analiza los rasgos distintivos del proceder científico y el particular modo de verdad que se desprende de su actividad. Asimismo, el artículo pone de manifiesto el límite que se presenta ante todo proceder científico, a saber, su incapacidad para pensar propiamente. Finalmente, exponemos los problemas y las oportunidades que se derivan de una época caracterizada por el dominio de la actividad científica y la respuesta que ofrece Heidegger entorno al concepto de *Serenidad*.

*Palabras claves:* ciencia, pensar, época técnica, Heidegger, Serenidad.

#### 1. INTRODUCCIÓN

En el año 1951, Martin Heidegger se incorpora de nuevo a la actividad docente en la Universidad de Friburgo donde imparte el curso que lleva por nombre *¿Qué significa pensar?* En él, Heidegger desarrolla una de las cuestiones más significativas en su obra tardía: el problema del pensar en una época dominada por la técnica.

<sup>1</sup> montalban.figuerola@icloud.com, Universitat de Barcelona

En la primera de las lecciones que forman este curso, Heidegger puso de relieve una de sus tesis principales con respecto a esta cuestión: el hecho de que “lo que más merece pensarse es que todavía no pensamos” (Heidegger, 2010: 16). Esto puede sorprender, especialmente si se tiene en cuenta la época en la que Heidegger pronunció este discurso se caracteriza por el avance de las investigaciones científicas y tecnológicas. No obstante, que el ser humano lleve a cabo investigaciones como nunca antes en otra época no quiere decir, en ningún caso, que el ser humano piense propiamente. En efecto, Heidegger apunta a una confusión, y es que por mucho tiempo se ha asumido que lo que hace la ciencia es pensar. Heidegger entiende que, en realidad, la ciencia y el pensar están separados por un abismo. Es en este momento cuando Heidegger sentencia que “la ciencia no piensa” (Heidegger, 2010: 19).

Analizar los argumentos que llevan a Heidegger a concluir que la ciencia no piensa puede ser relevante para nuestros días, especialmente en un momento en el que el saber científico y la esfera de la técnica continúan penetrando todas las esferas de nuestra vida cotidiana. Es por ello que éste breve artículo tiene como objetivo contextualizar la afirmación “la ciencia no piensa” en la obra tardía de Heidegger, etapa conocida como la del segundo Heidegger. Posteriormente, el texto expone los problemas que conciernen a esta caracterización y la respuesta que ofrece Heidegger a los mismos.

Para llevar a cabo nuestro propósito nos basaremos en cuatro textos: *La Época de la Imagen del Mundo* (1950), el contenido del curso *¿Qué significa Pensar?* (1951), *Ciencia y Meditación* (1953) y *Serenidad* (1955). A partir de ellos podremos tomar distancia con respecto a la concepción del mundo que caracteriza la época moderna, analizar la esencia de la ciencia y, consecuentemente, comprender por qué según Heidegger la ciencia no puede pensar, así como el futuro de la misma.

## 2. LA CIENCIA: UNA TEORÍA DE LO REAL

En *Ciencia y Meditación*, Heidegger define la ciencia como “la teoría de lo real” (Heidegger, 2010: 164). Esta definición se suma a la que aparece en el texto *La Época de la Imagen del Mundo*, donde Heidegger argumenta que la esencia de la ciencia moderna es la investigación (Heidegger, 2012: §71). De ambas definiciones extraemos, en primer lugar, que la ciencia se ocupa de lo real y, en segundo lugar, que su esencia está

determinada por el particular modo de conocer que caracteriza la investigación, al que Heidegger denomina *proceder anticipador*. Este modo de conocer guarda relación con la manera en que opera una investigación. Ésta última consta de tres características, las cuales se exponen a continuación.

En primer lugar, la investigación se caracteriza por acercarse al ente<sup>2</sup> por medio de un proyecto que apunta hacia un rasgo fundamental de una objetualidad.<sup>3</sup> A su vez, esta actividad requiere que se establezca un vínculo entre el rasgo fundamental que se quiere abordar y la objetualidad que se quiere conocer. A esta vinculación la llamamos rigor (Heidegger, 2012: §71). Proyecto y rigor son elementos indispensables para que la ciencia pueda conocer una región del ente. Sin embargo, para que ambos elementos se constituyan necesariamente como lo que son, es necesario contar con la segunda característica fundamental de la ciencia: el método.

Cuando se pretende abordar una objetualidad conviene tener en cuenta que el ente como tal no es una realidad estática, sino que se encuentra en permanente transformación. El método de la ciencia es el elemento que hace posible fijar los hechos que acontecen en la región del ente que se quiere abordar. Tanto la fijación de los hechos, por un lado, como dejar constancia de la variabilidad de los mismos, por el otro, conforman la regla. De manera similar, aquello que es constante en la variabilidad conforma la ley (Heidegger, 2012: §74).

Para que aquello investigado se incorpore al conjunto de saberes científicos, el método ha de ser capaz de poner en juego un escenario en el que pueda seguirse la variabilidad de los hechos en la necesidad de su transformación. Esto es, diseñar un experimento en el cual se pretenda comprobar una intuición por medios calculables (i.e. que todos los objetos caen al suelo a la misma velocidad). De este modo, el método

---

<sup>2</sup> Para Heidegger, el ente, *Seiende (das)* en alemán, designa todo aquello que es (Adrián Escudero, 2009: 145).

<sup>3</sup> Objetualidad, *Gegenständlichkeit (die)* en alemán, es un término que proviene de la filosofía neokantiana y que designa “un determinado campo de objetos, una región de entes, que pueden convertirse en tema de investigación”. En su obra tardía, Heidegger utiliza el término especialmente para remarcar la distinción entre *Gegenstand*, que originariamente tenía el significado de “resistencia de aquello que se encuentra enfrente de (*gegen*) pero que a partir del siglo XVIII empieza a sustituirse por objeto, *Objekt*, que a su vez remite al latino *obiectum* y que en la tradición filosófica moderna tiende a entenderse como objeto para un sujeto” (Adrián Escudero, 2009: 96).

cumplirá con su objetivo: verificar en qué grado son adecuadas a la objetualidad las reglas y las leyes que se han establecido previamente.

De ello se concluye que el método es un proceso que tiene lugar en dos etapas: en primer lugar, lo conocido previamente – la regla, la ley, el proyecto o el rigor – sirve para explicar lo que no conocemos. En segundo lugar, lo conocido se garantiza por medio de eso desconocido (Heidegger, 2012: §74). En otras palabras, en una investigación la objetualidad se reelabora hasta que se adecúa a la normatividad de la regla y/o la ley, esto es, a la normatividad de la teoría. (Heidegger, 1997: 164). Por esta razón, una investigación no admite cualquier resultado. La investigación tan sólo resulta satisfactoria cuando se obtiene el resultado esperado.

Ahora bien, los diferentes rasgos que caracterizan al ente obligan a la investigación a servirse de distintos modos de proceder. Es evidente que no podemos conocer lo que pertenece al campo de la historia haciendo uso de experimentos diseñados para la física. Consecuentemente, la ciencia se divide en campos de investigación especializados en función de las características con las que se emplee el método científico.

Con respecto a este punto, conviene hacer hincapié acerca de una cuestión: la especialización no es un capricho de la ciencia, ni tampoco una decisión meditada, es un requerimiento generado por las diferentes maneras en las que el ente se presenta. Dado que una investigación está fundada sobre un proyecto, el cual apunta hacia una objetualidad concreta, es necesario contar con una ciencia particular en cada caso (Heidegger, 2012: §77). La especialización permite a la ciencia desarrollar su actividad en base a una objetualidad contenida en una sola disciplina. Sólo así es posible abordar distintos rasgos del ente simultáneamente en función del campo en el que se inscriba cada uno. En otras palabras, tratar de abordar la totalidad del ente en una sola investigación es una tarea imposible según sus propias características.

No obstante, con la especialización, la ciencia corre el riesgo de convertirse en un conjunto de saberes desordenados, sin conexión entre ellos, dispersos entre los distintos centros de investigación en los que se desarrolla la actividad científica. Para evitar que esto ocurra es necesario contar con una empresa.

La empresa es la tercera característica esencial de la ciencia y consiste en lo siguiente: cuando una investigación se lleva a cabo, el método asegura unos resultados.

De este modo, el método se rige cada vez por las posibilidades que él mismo ha abierto previamente (Heidegger, 2012: §77). En este sentido, la empresa tiene la función de ordenar el conocimiento adquirido por cada campo de investigación y, con ello, tejer una red estructurada de conocimiento. A partir de ella se dibuja un camino por el cual avanzar en la investigación. De este modo, el carácter de empresa es un rasgo esencial para la ciencia porque le permite desarrollar su método de manera progresiva.

Llegados a este punto, nos es posible realizar una definición completa de ciencia en concordancia con la obra de Heidegger: la ciencia moderna está caracterizada por desarrollar un modo de proceder que persigue conocer una región específica de lo real, de lo presente mismo, y convertirlo en su campo de objetos (Heidegger, 1997: 164).

### 3. LOS LÍMITES DEL PROCEDER CIENTÍFICO

Observamos en esta definición un factor que todavía no hemos abordado, aunque ha estado presente a lo largo del texto. Se trata del proceso en el que la objetualidad se transforma en objetos y que tiene lugar en la *re-presentación* de la ciencia. La cuestión de la representación es capital para la obra de Heidegger, y en especial, es determinante para comprender por qué la ciencia no puede pensar.

Toda representación es generada por algo y dirigida hacia algo. Para el caso de la ciencia, todo lo que es consigue su aparición en la medida en que la representación de la ciencia lo dispone como objeto y sólo así es admitido (Heidegger, 2010: 49). Dicho de otro modo, todo aquello que la ciencia aspire a poseer como su objeto ha de prestarse a ser recuperado, traído de vuelta, vuelto a presentar, re-presentado. Consecuentemente, lo real para la ciencia es aquello que está presente.

En definitiva, llamamos ciencia al conocer mediado por la investigación que tiene como propósito poner ante sí lo presente del ente y hacer de ello una imagen<sup>4</sup> que pueda

---

<sup>4</sup> En *La Época de la Imagen del Mundo*, Heidegger concluye que la ciencia no hace otra cosa que conocer una *imagen del mundo*. Esta imagen no debe ser entendida como un lienzo en el que reproducimos la realidad tal y como la observamos. Entendemos por *imagen* lo que sucede cuando *estamos al tanto de algo*, a saber, estamos al tanto de la propia cosa que se aparece ante nosotros de un modo determinado. En la modernidad, la ciencia ha situado la cosa misma ante sí para observar su comportamiento, y mantenerlo siempre en esa misma posición (Heidegger, 2012: §82).

tratar como un objeto. Cuando esto tiene lugar, el ser humano que investiga puede estar seguro del ente, o lo que es lo mismo, puede tener certeza sobre él (Heidegger, 1997: 164). Así, podemos decir que la ciencia elabora una representación del mundo y hace ciencia sobre esa misma representación (Heidegger, 2010: 36). Por esta razón, lo único a lo que puede aspirar la ciencia moderna es a conocer una representación del mundo, *una imagen del mundo*.

Si tenemos en cuenta lo anterior, advertimos que lo real se levanta en contraposición a aquello que se resiste a figurar como su representación. Por lo tanto, hay una fracción del ente que resta inadvertida y a la que ciencia no puede acceder. Aun así, tal y como hemos visto anteriormente, lo desconocido garantiza lo conocido, lo fundamenta. En este caso, también lo inadvertido del ente fundamenta aquello que la ciencia es capaz de llevar a representación. De este modo, tanto la condición de objeto como la ciencia misma descansan sobre un estado de cosas inadvertido (Heidegger, 1997: 174). Entonces, ¿cómo puede la ciencia cuestionar sus propios principios? ¿Cómo estamos seguros de que la ciencia puede preguntarse por sus propias metas?<sup>5</sup>

La respuesta es simple: no puede. Y, en consecuencia, la ciencia no puede pensar. De este modo, cuando Heidegger afirma que “la ciencia no piensa” (Heidegger, 2010: 19) no pretende resaltar un defecto o una carencia. La ciencia no piensa porque no está entre sus posibilidades abordar algo que no sea lo presente del ente. De hecho, en el caso que pudiera llevarlo a cabo no estaría haciendo ciencia, pues lo que no está presente no puede representarse científicamente.

#### 4. LA CIENCIA DESPUÉS DE HEIDEGGER

En relación a lo anterior, la época moderna ordena y dirige la configuración posterior de las relaciones del ser humano con su mundo<sup>6</sup> de acuerdo con el proceder científico. En este sentido, esta caracterización de la ciencia que desarrolla Heidegger pone de relieve que reducir la naturaleza a una colección de objetos lleva consigo la posibilidad latente

---

<sup>5</sup> Para Heidegger, pensar consiste en tener la capacidad de cuestionar “la verdad de nuestros propios principios y el espacio de nuestras propias metas” (Heidegger, 2012: §69).

<sup>6</sup> Para Heidegger, la palabra mundo no tiene un sentido espacial, ni tampoco representa la totalidad de los entes contenidos en una suerte de receptáculo, sino que encierra una dimensión vivencial que hace referencia al contexto en que se desarrolla la vida del ser humano (Adrián Escudero, 2009: 198-199).

de que el ser humano corra con la misma suerte (Heidegger, 2002: 26). Ante esta problemática, Heidegger ofrece una manera de sobreponernos a este destino al que llamamos *Serenidad (Gelassenheit)*.<sup>7</sup>

El punto de partida que toma Heidegger para iniciar este discurso es la caracterización de la vida cotidiana del ser humano en una época marcada por el dominio de las ciencias, a la que Heidegger bautiza como la *era atómica* (Heidegger, 2002: 22). Las características principales de esta nueva era reposan sobre la concepción de la Naturaleza que se desprende de la esencia de la ciencia:

“[En] esta revolución radical de nuestro modo de ver el mundo [...] la Naturaleza se convierte así en una única estación gigantesca de gasolina, en fuente de energía para la técnica y la industria modernas.” (Heidegger, 2002: 23)

La ciencia pone ante sí lo dado en la naturaleza como objeto disponible para el uso y correcto funcionamiento de las sociedades humanas. Al mismo tiempo, las dinámicas en las que se inserta la vida cotidiana de los seres humanos descansan sobre la lógica científica: proceder de acuerdo con unas circunstancias dadas y en base a unas finalidades determinadas previamente (Heidegger, 2002: 18-19). Esto es lo que llamamos el *pensar calculador* y, en nuestra era, se ocupa prácticamente de todo aquello que acontece en nuestra imagen del mundo.

Esta particular forma de ver el mundo nos resulta muy familiar hoy en día. El auge de internet, los procesos de industrialización y la fe en un progreso sustentado sobre el desarrollo técnico representan algunos de los rasgos característicos de la primera mitad del siglo XXI. Todos ellos tienen como característica el encontrarse en perfecta concordancia con la caracterización de la ciencia que hemos expuesto a lo largo del artículo.

---

<sup>7</sup> El texto al que aludimos a continuación destaca por el contexto en el que se inscribe. Se trata de un discurso pronunciado en el año 1955 por Martín Heidegger en su pueblo natal, Meßkirch (Alemania), con motivo del 175 aniversario del nacimiento del compositor y pianista local, Conradin Kreutzer. Particularmente, se trata de un texto especial, no tanto por inscribirse en el marco de un acto conmemorativo, sino por dirigirse a un público no especializado. En él, Heidegger construye un discurso hábil para ilustrar una de las cuestiones más significativas en su obra tardía caracterizada por querer llevar al límite la premisa fenomenológica de *volver a las cosas mismas* sobre la que considera que debe orientarse el preguntar filosófico.

Conviene poner de relieve que, frente a ellos, existen dos posiciones extendidas: por un lado, existe el temor que supone el avance de estas prácticas, como por ejemplo el avance del cambio climático o la inteligencia artificial. Por el otro lado, existe un entusiasmo por el crecimiento y el progreso económico que propicia la transformación del mundo con los medios de la técnica moderna (Quintana Montes, 2019: 61-62).

Si bien Heidegger no se suscribe a la segunda de las opciones, su propuesta tampoco abraza un rechazo por completo a la cuestión técnica. De hecho, Heidegger pone de relieve que éstos son hoy indispensables para las actividades de nuestro día a día. Sin embargo, lo que es realmente problemático es que establezcamos con ellos una dependencia insalvable, una relación de servidumbre (Heidegger, 28-29). Esta relación de servidumbre tiene como fundamento hacer uso del pensar calculador para cuestiones que no le corresponden y sobre los que no tiene respuesta.

Heidegger entiende que el ser humano es un ser pensante, un ser que piensa. En otras palabras, lo que caracteriza al ser humano es la facultad de pensar. En este sentido, llamamos *Serenidad* a la actitud que se caracteriza por la voluntad de poner un límite firme a la utilización de los objetos que la ciencia, en conjunción con la técnica, pone a nuestro alcance en el día a día de la vida cotidiana del ser humano. Consecuentemente, el ser humano debe de encontrar el equilibrio entre *decir si* y *decir no* a los objetos técnicos:

“Dejamos entrar a los objetos técnicos en nuestro mundo cotidiano y, al mismo tiempo, los mantenemos fuera, o sea, los dejamos descansar en sí mismos como cosas que no son algo absoluto, sino que dependen ellas mismas de algo superior” (Heidegger, 2002: 28)

Esta actitud implica un retorno sobre las cosas mismas mediada por el pensamiento. El pensar meditativo, característico del ser humano y ajeno a la ciencia, es la actividad sobre la que recae la capacidad de juzgar lo que debe determinar lo que resulta bueno o malo, correcto o incorrecto de acuerdo con cada caso en específico (Quintana Montes, 2019: 63) de acuerdo con la esencia del ser humano.

De este modo, la caracterización de Heidegger con respecto de la ciencia no se traduce en ningún caso en una invitación al pesimismo. Al contrario, frente a la radicalización del pensar técnico se abre la posibilidad de establecer una nueva manera de relacionarse con el mundo y los objetos que la componen.



## CONCLUSIÓN

A lo largo de este texto, hemos visto como las características esenciales de la investigación manifiestan que el verdadero sistema de la ciencia reside en la capacidad de configurar como objeto lo que se le muestra como presente en relación a su propio progreso. Consecuentemente, la ciencia esta incapacitada para reflexionar sobre sí misma, tal y como lo demuestra su incapacidad para abordar la totalidad del ente. Es por ello que cuando pretendemos pensar la esencia de la ciencia, no podemos hacer uso de sus propios métodos y nos vemos dirigidos necesariamente hacía el pensar.

Como conclusión, las reflexiones del presente texto ponen de manifiesto lo siguiente: llevar a cabo un análisis de las características principales de la investigación nos conduce hacía el límite la ciencia que, en este caso, coincide con la imposibilidad de acceder a la totalidad del ente. Este hecho se advierte cuando analizamos en detalle el modo en que la representación de la ciencia trae ante sí los objetos desde la objetualidad. Llegados a este punto, observamos que, de manera permanente, hay una región del ente que queda oculta para la ciencia y a la que no podrá acceder jamás. En consecuencia, en una época dominada por el saber científico y los avances de la técnica, ¿qué lugar ocupa el pensar?

Sin embargo, no por ello Heidegger cae en una suerte de pesimismo anti-científico. La pregunta por la ciencia nos introduce necesariamente a atender las posibilidades que el ser humano tiene ante sí para no caer en una posición de servidumbre con respecto a los objetos técnicos. En este sentido, Heidegger propone tomar una actitud de *serenidad*. Esta es la actitud por la que la reflexión con respecto de la objetualidad y su relación con la cotidianidad del ser humano retorna sobre su rasgo más distintivo: su capacidad para pensar.

En definitiva, cuando llevamos a cabo un análisis de las características de la ciencia en la época moderna, entendemos a que se refería Heidegger cuando afirmaba que lo que más merece pensarse es que todavía no pensamos y, en consecuencia, nos abre las puertas a establecer una nueva relación con el mundo y con los objetos que la componen, de acuerdo con la esencia del ser humano.

BIBLIOGRAFÍA

- Adrián Escudero, J. (2009). *El lenguaje de Heidegger. Diccionario filosófico 1912-1927*. Barcelona: Herder.
- Heidegger, M. (1997). *Filosofía, ciencia y técnica*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Heidegger, M. (2002). *Serenidad*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Heidegger, M. (2010). *¿Qué significa pensar?* Madrid: Editorial Trotta.
- Heidegger, M. (2012). *Caminos de Bosque*. Madrid: Alianza Editorial.
- Quintana Montes, J.-L. (2019). La técnica moderna: entre serenidad (Gelassenheit) y dispositivo (Ge-stell): Martin Heidegger a cuarenta años de su muerte. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, num. 79: pp. 51-65.